

bien establecer los cuarteles en el centro de la ciudad, ó dejar en los puentes ganados gente que los defendiese. Lo primero era exponerse á mantener de dia y de noche una constante lucha con todo el poder de Méjico, cortarse la comunicacion con el resto del país, y no poder impedir que entrasen socorros á los sitiados, como impedía, teniendo su campamento en Xoloc, actual garita de San Antonio Abad. Lo segundo, exigía situar en las cortaduras cegadas destacamentos españoles, pues no eran los nativos propios para ese servicio á que no estaban acostumbrados; pero era imposible pedir mayores sacrificios á los soldados castellanos. Luchando todo el dia, sin dejar sus pesadas armas, quedaban rendidos de fatiga al llegar la noche; y pedir de ellos la vigilancia y defensa de los puentes durante la noche, hubiera sido solicitar un trabajo superior á las fuerzas del hombre (1).

Sin embargo, Pedro de Alvarado adoptó el sistema de poner en los puentes ganados, una fuerte guardia que los defendiese de noche. En los momentos que oscurecía, enviaba á los fosos cegados un destacamento de cuarenta hombres, que velaban hasta la media noche. Llegada esa hora, era relevado por otro destacamento, igual en número, y éste por otro que se presentaba á las cuatro de la

(1) «Pero sabrá V. M. que en ninguna manera se podía hacer, porque para ponerse así en efecto se requerían dos cosas: ó que el real pasáramos allí á la plaza ó circuito de las torres de los ídolos, ó que gente guardara los puentes de noche... teniendo el real en la ciudad, cada noche y cada hora... nos dieran mil rebatos... Pues guardar las puentes gente de noche, quedaban los españoles tan cansados de pelear el dia, que no se podía sufrir poner gente en guarda dellos.»—Tercera carta de Cortés.

mañana, quedando los dos primeros en el puesto; resultando que se encontraban en el punto del peligro ciento veinte hombres dispuestos al combate. Cuando se temía algun ataque, entonces pernoctaba toda la fuerza española en los puentes cegados, esperando sobre las armas á sus contrarios desde que se ocultaba el sol hasta que volvía á asomar en el horizonte (1).

Preciso es confesar que esta vida de constantes combates y vigiliias, debía ser altamente penosa aun para las naturalezas de hierro de los españoles. Bernal Diaz del Castillo, que se hallaba en las filas de Pedro de Alvarado, pinta, en su estilo franco y sincero, la vida de fatiga que llevaban. «Velábamos, dice, durante la noche entera, y aunque el cielo se desatase en agua, rugiese el viento ó nos helase el frio, permanecíamos metidos en medio del lodo, mal curados de las heridas recibidas el dia anterior y sin movernos del sitio del peligro (2).» La época no podía ser mas penosa para hacer la campaña. Era precisamente la estacion de las lluvias que desde fines del mes de Mayo á principios de Octubre caen generalmente en aquel país, diariamente, de tres á cuatro y media de la tarde, ó bien de noche, y muy rara vez durante la mañana, que son muy hermosas, y en que se ostenta un cielo azul transparente y bellissimo. Las calzadas, anegadas por los fuer-

(1) «Y algunas noches, cuando sentíamos mucho peligro, desde que anochecía hasta que amanecía todos los del real estábamos juntos aguardando el gran ímpetu de los mejicanos.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

(2) «Y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos ni frios, y aunque estábamos metidos en medio de grandes lodos y heridos, allí habíamos de estar.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

tes aguaceros que caen con ímpetu espantoso en medio de imponentes truenos, se encontraban convertidas en inmensos lodazales, que aumentaban las penalidades de los soldados españoles. Precisados á permanecer á la intemperie, mojados, heridos casi todos y metidos en el fango formado por la tierra removida por las pisadas de millares de guerreros, se veían precisados á dormir sin despojarse de las armas, viéndose con frecuencia despertados en medio de la mas profunda oscuridad, por los horrendos alaridos de los escuadrones aztecas, que se presentaban como brotados de la tierra. «Ni un solo instante de reposo encontraban á las fatigas del día, según afirma el soldado historiador. Ya se veían acometidos á media noche, ya al ocultarse el sol, ya al brillar el alba; dando horribles gritos unas veces, otras en el mayor silencio, pero siempre con furia espantosa (1).»

La nueva táctica de atacar de noche y de tener en continua vela á los tres campamentos, cargando todas sus fuerzas unas veces sobre un campamento y atacando otras á los tres simultáneamente, revelan que el emperador Guatemotzin tenía un talento militar muy superior al desplegado hasta entonces por los demás generales aztecas.

Dotado de un espíritu guerrero y de una actividad asombrosa, situaba sus tropas en puntos convenientes, de

(1) «Y unas noches nos venían á romper y dar guerra á media noche, y otras á la modorra, y otras al cuarto del alba, é venían algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

donde podían acudir inmediatamente á los sitios amenazados. Su cuartel general lo había establecido en la gran plaza de Tlatelolco, punto el mas fuerte de la ciudad, y el palacio en que vivía, se hallaba situado en la actual calle del Factor que, algún tiempo despues de la conquista, se llamó de «Guatimuz», que conducía en línea recta al notable mercado (1).

Desde aquella plaza, junto á la cual se levantaba el gigantesco *teocalli*, construido en 1468 por Moquihuix, al dios Huitzilopochtli, dirigía el infatigable Guatemotzin sus operaciones militares. Reflexivo y organizador, seguía un plan sistemado, que facilitaba los movimientos del ejército y tenía á los contrarios en continua vela. Había establecido sobre las elevadas torres del grandioso templo de Tlatelolco, diversas señales que indicaban los movimientos de los españoles, y marcaban á sus tropas lo que debían practicar. Al escuchar el tremendo sonido del monstruoso tambor que ocupaba una de las torres del *teocalli*, ó descubrir grandes fogatas en los altares del átrio superior, los pueblos de la laguna debían acudir, unos en canoas y otros por tierra, así como los escuadrones de la ciudad, al sitio que determinaba la señal, bien para prestar auxilio, bien para dar una sorpresa. Con este fin tenía nombrados los capitanes y escuadrones que habían de

(1) Se deduce que el palacio de Guatemotzin se halló situado en la actual calle del Factor, por el acta que se encuentra en el libro de cabildo de 17 de Noviembre de 1525 al hablar del solar que se le dió en aquella fecha á Juan Tirado, que lindaba por dos partes, una de las cuales era «la calle que va al tianguis del Tlatelolco, que se llama de Guatimosa».

acudir á cada una de las calzadas. De noche se observaban en el campamento mejicano las mismas precauciones que guardaban los españoles en los suyos. Sus puestos avanzados se hallaban á distancia de pocas varas de los que ocupaban los sitiadores. En cada uno de ellos encendian una gran lumbrada, que mantenian en continuo vigor toda la noche. Tenian por objeto iluminar el paso intermedio entre las dos avanzadas, para poder descubrir á los españoles en caso de que pasaran la línea y quisieran sorprenderles. Para evitar ser vistos, se colocaban á bastante distancia de las fogatas y guardaban el mas profundo silencio. Relevaban las guardias en tiempo determinado; operacion que llegaba á conocimiento de los españoles, porque era el único momento en que hacian algun ruido que duraba muy pocos instantes. Contra la costumbre observada hasta entonces en los ejércitos aztecas, los alaridos habian desaparecido durante la noche de los puntos avanzados, y solamente se escuchaba de vez en cuando algun silbido con que se daban á entender (1). Para destruir los bergantines que se habian enseñoreado de la laguna, el activo Guatemotzin ocurrió á un medio ingenioso y sagaz. Viendo que las canoas eran impotentes para resistir el choque de los veleros barcos, mandó que en determinados puntos del lago, próximos á tierra, se

(1) «Hacian grande lumbrada, que ardia toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbrada, y desde lejos no les podiamos ver, porque con la claridad de la leña, que siempre ardia, no podiamos ver los indios que velaban; mas bien sentiamos cuando se remudaban y cuando venian á atizar su leña... y sin hacer ruido ni hablar entre ellos palabra, se entendian con unos silbos que daban.»—Bernal Diaz del Castillo.

clavasen estacas en el fondo que, quedando cubiertas por el agua, no pudiesen ser vistas por los marineros españoles. Todas estas estacadas se encontraban delante de espesos cañaverales en que podian ocultarse grandes piraguas, y caer sobre la tripulacion de los bergantines al quedar varados en la estacada. Previsor y cuidadoso, habia acopiado una cantidad inmensa de víveres, que llenaban los edificios mas espaciosos de la ciudad, y aunque es cierto que habia sido cortada la cañería de Chapultepec, no por esto se carecia de agua dulce en la ciudad, al menos los principales personajes, pues la introducian de noche, en enormes vasijas, en sus canoas, los habitantes de los pueblos de la laguna.

Todas las medidas expresadas revelan el genio, el valor y la constancia del jóven emperador azteca.

Sabiendo Hernan Cortés que además de los víveres acopiados en la capital, entraban diariamente, para los sitiados, abundantes aves y agua, dispuso que los bergantines de los tres campamentos se ocupasen, durante la noche, en recorrer el lago por diversos puntos para dar caza á las canoas que se dirigian con víveres á la ciudad. Muchas fueron capturadas, y los indios que en ellas iban se vieron colgados de las entenas de los buques españoles (1). Esta vigilancia desplegada por los que mandaban los bergantines, y el castigo aplicado á los indios capturados, atemorizó á los que se habian ocupado en proveer de lo

(1) «No habia dia que no traian los bergantines que andaban en su busca presa de canoas, y muchos indios colgados de las entenas.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

necesario á la ciudad, y les retrajo de continuar proporcionando recursos. Entonces hizo Guatemotzin que se dispusiese una celada contra los bergantines. Por orden suya se colocaron, durante la noche, treinta piraguas con excelentes remeros y escogidos guerreros detrás de unos espesos carrizales, en la ribera meridional del ancho lago. Dispuesta la emboscada, cruzaron á distancia regular de los bajeles españoles, que recorrían la laguna, dos canoas, fingiendo temor de ser vistas y mostrando afan por llegar á tierra, marchando en la direccion en que estaban ocultas las piraguas. Dos bergantines se lanzaron inmediatamente á dar caza á las canoas, no dudando que llevaban provisiones para la plaza. Uno de ellos iba mandado por Pedro Barba, capitan de ballesteros, notable por su valor, y el otro por otro distinguido oficial llamado Portillo, bravo militar que habia combatido en los tercios de Italia. Las canoas penetraron en los carrizales, y los bergantines que iban persiguiéndolas quedaron varados entre las estacas. Inmediatamente se vieron los españoles rodeados por las piraguas y acometidos por los guerreros aztecas. Casi todos los soldados y remeros fueron heridos; muerto el oficial Portillo y gravemente herido el bravo capitan Pedro Barba, que sucumbió al tercer dia de resultas de las heridas. En medio de la lucha, los castellanos hicieron esfuerzos por poner á flote uno de los bergantines, y en él lograron salvarse, quedando en poder de los mejicanos el otro abandonado. Las dos embarcaciones pertenecian al campamento de Hernan Cortés. Profunda pena recibió el general español con esta desgracia; pero le sirvió de provechosa leccion para lo sucesivo.

Aquel sitio era una sucesion de sangrientos combates en los tres campamentos. De noche y de dia se escuchaba el estruendo de las armas y los gritos de los combatientes. Nadie descansaba ni por tierra ni por agua. El valiente emperador Guatemotzin, infatigable y activo, presentaba en donde quiera que acometian los sitiadores, fuerzas considerables, que atacaban por todas partes á sus contrarios.

Si el imperio azteca habia visto desaparecer todas sus conquistas, no habia perdido ni su valor, ni su constancia, ni el espíritu guerrero que le habia hecho dueño de las mas ricas provincias y señoríos del Anáhuac. Contaba con los habitantes de poderosas ciudades del valle y con los numerosos ejércitos reconcentrados en la capital azteca. La ciudad entera, excepto las mujeres y los niños, habia empuñado las armas; y por donde quiera que se tendia la vista, no se encontraban mas que escuadrones de guerreros, llenos de confianza en la victoria y resueltos á morir en defensa de la patria.

Deberá sorprender sin duda al lector, ver que una ciudad sitiada, que no podia recibir bastimentos de otra parte, atendiese por largo tiempo al mantenimiento de centenares de miles de guerreros. Pero además de que, como he dicho, el emperador Guatemotzin habia abastecido en tiempo oportuno la ciudad con abundantes víveres, debe tenerse en cuenta la extraordinaria sobriedad de los mejicanos.

Su principal alimento era el maíz, de que se hizo un gran acopio, y bastaba á cada individuo algunas cuantas *tortillas* hechas del expresado cereal para sustentarse y

combatir todo el día (1). A este alimento se agregaba otro verdaderamente horrible; el que les proporcionaba diariamente el número de víctimas humanas sacrificadas á sus dioses, en los prisioneros que cogian, pues justo es confesar que ni aun en el mayor extremo de hambre que en los últimos días del sitio sufrieron, se sustentaron con la carne de los suyos (2).

Sistemado por el emperador Guatemotzin el plan de defensa de la capital, tenia en continua alarma los tres campamentos, enviando con frecuencia numerosas tropas á combatirlos. Sin embargo, precisados siempre á retirarse á la ciudad con sensibles pérdidas, veian penetrar en las calles á los españoles y aliados, incendiando los edificios y reduciendo á escombros sus moradas. Los bergantines, sin encontrar oposicion en su marcha, cruzaban en distintas direcciones, y los soldados que en ellos

(1) El pan de maíz, llamado *tortilla*, de que he hablado en el primer tomo, no se parece en nada al pan del mismo grano que se hace en España. En Méjico ponen á cocer el maíz en agua con un poco de cal. Cuando está bastante blanco, le quitan el pellejo, estrujándole entre las manos. Hecha esta operación muelen el grano en el *Metatl* (*metate*) que es una piedra, como de dos tercias de largo y una de ancho, sirviéndose de otra larga y redonda que tienen en las manos, como muelen en algunos puntos de España el cacao. Hecha la masa, toman un pedazo de ella y la redondean dándole golpes entre las palmas de las manos hasta dejarla de la forma de una oblea grande, del diámetro de siete dedos y de poco mas de una línea de grueso. Dada esa forma orbícula y plana á la masa, le dan el último cocimiento en el *comalli*, llamado por los españoles *comal*, que es un plato ancho, plano, poroso y muy delgado de barro. Hoy se hacen las tortillas de la manera misma que se hacían entonces, y es el pan de la gente pobre.

(2) «Tambien quiero decir que no comian las carnes de sus mejicanos, sino eran de los enemigos tlascaltecas y las nuestras que apañaban.»—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

iban, saltando en las casas edificadas junto al agua, las saqueaban y quemaban.

En medio de aquella lucha, en que eran actores en una y otra parte las principales provincias y pueblos del Anáhuac, se mantenian en una prudente neutralidad los habitantes de las ciudades situadas á las márgenes y en las isletas de la laguna de Chalco, que antes de formalizar el sitio habian sido enemigos de los españoles. Sin embargo, los chalqueños y los demás aliados de Hernan Cortés, pertenecientes á otras ciudades del lago, mirando con recelo la neutralidad de sus antiguos rivales, les hostilizaban con sus canoas, causándoles considerables daños y vejaciones. Viéndose acosados por los pueblos inmediatos y calculando que nada tenían ya que temer de los mejicanos, cuya ciudad miraban cercada y en gran parte destruida, se resolvieron á tomar parte con los españoles. Poniendo inmediatamente en ejecucion el pensamiento, se presentaron en el campamento del general castellano, para confederarse con él, los nobles de Iztapalapan, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochco, hoy Churubusco, Mizquic y Cuitlahuac. Manifestaron que de las hostilidades pasadas no eran culpables, pues habian sido impelidos por el emperador de Méjico; dijeron que desde aquel momento se declaraban súbditos de la corona de Castilla, y terminaron suplicando á Cortés que mandase á los de Chalco y demás pueblos vecinos que no volviesen á causarles daño ninguno. Guatemotzin perdió, con la separacion de aquellas ciudades, que formaban una parte notable del valle de Méjico, un fuerte y poderoso apoyo. Los españoles alcanzaron con su alianza, ventajas de considerable importancia.